

## La religiosidad de la mujer en Castilla durante la época pretridentina

Adelina Sarrión Mora

Universidad Autónoma de Madrid

Para el ser humano es imperiosa la necesidad de dar sentido a lo real con el doble fin de comprender un mundo caótico en el que debe orientarse y de asumir una existencia que termina con la muerte, inspiradora del temor más universal. La religión, una de las actividades simbólicas del ser humano, tiene como primera motivación proporcionarle un sistema de significaciones, de conceptualizaciones, que le permitan moverse y actuar con cierta seguridad. Para quienes vivieron en la España del siglo XVI, la religión era un instrumento esencial en su forma de aprehender la realidad. La interpretación del mundo y de la propia existencia estaba marcada por el cristianismo, que daba una configuración simbólica trascendente a los momentos importantes en la vida de todo ser humano. Además, la religión cristiana se había convertido, de la mano de monarcas como los Reyes Católicos, Carlos V y, más tarde, Felipe II, en el principal elemento de integración social del reino.

Si observamos la religión no en sus aspectos dogmáticos, es decir, en su desarrollo como sistema teórico, sino en la manera como los individuos concretos vivían, experimentaban o practicaban su religión, nos situamos en el ámbito de la religiosidad. En el plano de lo que podríamos llamar *religión institucional* se localizaría el afán de la jerarquía por sistematizar los dogmas en una teoría cerrada, así como por imponer las pautas estrictas que rijan la práctica religiosa en el seno de la Iglesia. El plano más subjetivo quedaría situado en la *religiosidad*, entendida como experiencia vivencial de carácter individual; aunque nunca pueda ser considerada como un fenómeno autónomo ni se la pueda comprender sin integrarla en la sociedad en la que surge. Éste será precisamente el espacio al que nos ajustaremos en el presente estudio.

Si bien la *religiosidad* siempre ha estado mediatizada por la religión institucional, con cierta frecuencia, la vivencia concreta de la religión escapa de los límites estrictos y mudables que la jerarquía impone para encauzar la práctica religiosa. Desde finales del siglo XV el cristianismo tuvo en España un tribunal específico encargado de perseguir

la herejía: la Inquisición. Creada para castigar y extirpar los núcleos de judaizantes y para garantizar la unidad de creencias y prácticas cristianas, la Inquisición no tardó en asumir la empresa de vigilar y corregir los posibles errores de los *cristianos viejos*, de esta manera, el Santo Oficio dedicó muchos esfuerzos a procurar eliminar cualquier riesgo de práctica religiosa *extravagante*. A través del análisis de los fondos inquisitoriales podemos acceder tanto a las pautas que la jerarquía marcaba para dirigir la práctica religiosa de los fieles, como a algunas formas concretas que adoptó la vivencia de la religión cristiana durante el extenso período de tiempo en que pervivió el citado tribunal.

Tomaremos como referencia fundamental la documentación del tribunal inquisitorial de Cuenca, la riqueza de sus fondos y su estado de conservación convierten al archivo de este distrito en una fuente de enorme valor. Nos centraremos no en la presunta heterodoxia de quienes voluntaria y conscientemente se pasaban a otras iglesias, sino en las manifestaciones de una religiosidad heterodoxa que surgía en el seno de la Iglesia católica. Como veremos, entre los individuos que protagonizaron tales manifestaciones no se detecta ningún interés por alejarse de dicha Iglesia.

Los siglos xv y xvi se caracterizaron dentro de la religión católica por la proliferación de movimientos renovadores que intentaban responder a la decadencia que la institución eclesial venía arrastrando desde muchos años antes. Ejemplos de estos nuevos aires, en España, fueron las llamadas «observancias», que pretendían corregir la disciplina dentro de las órdenes religiosas defendiendo la vuelta a las olvidadas reglas originales. En este mismo contexto podemos situar la reforma que en España se llevó a cabo en gran parte desde la Corona, durante el reinado de los Reyes Católicos, que tuvo como máximo protagonista al cardenal Cisneros y como objetivo la reforma del clero y el mantenimiento de la pureza del dogma. También el erasmismo fue un movimiento renovador caracterizado por su oposición a centrar en lo exterior y en lo ritual la vida religiosa. Todos estos intentos renovadores fueron incapaces de reformar una institución anclada en una inercia difícil de romper. Sólo la importante crisis que culminó con la separación de las iglesias reformadas obligó a la jerarquía eclesiástica a tomar como labor propia la redefinición de los dogmas, la dignificación de los sacramentos y la reforma del clero. Éstas fueron las tareas fundamentales del Concilio de Trento, el cual impulsó la práctica sacramentaria como centro de la vida del fiel católico y la figura del sacerdote como único intermediario válido entre Dios y el creyente. Asimismo, el adoctrinamiento de los fieles, llevado a cabo fundamentalmente a través de la predicación y el sacramento de la penitencia, se convirtió en uno de los objetivos prioritarios de la jerarquía. El Concilio estableció las vías legítimas de comunicación con Dios, de esta manera procuraba evitar cualquier salida de tono de los fieles.

El programa de Trento, que tanto insistía en la necesaria instrucción de los fieles católicos, intentaba paliar el enorme desconocimiento de los principios básicos de la «verdadera fe» que era habitual en el pueblo llano. En la mayoría de los casos, los católicos apenas dominaban las nociones más rudimentarias de una religión que marcaba

ritualmente su vida. Ahora bien, tal desconocimiento no significa que, entre la gente común, cundiese el desinterés por las cuestiones sobrenaturales, muy al contrario. Para quienes vivieron el siglo XVI, las explicaciones sobrenaturales, extraordinarias o maravillosas eran cotidianas. La separación entre lo estrictamente natural y lo sobrenatural no se establecía fácilmente. En las manifestaciones de lo natural, beneficiosas o nefastas, siempre se veía la expresión de una providencia divina presente en todo momento. En una sociedad en la que las guerras, las catástrofes, las epidemias y enfermedades incontrolables mermaban la población, se prodigó el culto a la Virgen y los santos, la búsqueda de reliquias y todo cuanto pudiera proteger del sufrimiento temporal y el caos eterno. Pero la devoción popular no se dirigía a las formas institucionales de la liturgia; procesiones, votos, romerías eran las expresiones preferidas de tal devoción, muy por encima de los ritos sacramentales. No es de extrañar si tenemos en cuenta, por ejemplo, que la misa era un ritual en latín incomprensible para la mayoría de los fieles. A esta circunstancia hay que añadir la falta de sacerdotes en amplias zonas rurales, el acceso al sacerdocio en muchos casos por razones ajenas a las vocacionales y la escásima preparación y relajada vida del clero bajo, precisamente el que más en contacto estaba con los feligreses y el que debía dedicarse a la administración de los sacramentos y la enseñanza del pueblo.

Si repasamos la actividad del tribunal inquisitorial de Cuenca a lo largo del siglo XVI, hasta la década de los sesenta, en la mayoría de las ocasiones en que intervinieron los inquisidores por asuntos relacionados con la religiosidad, se perseguía más la ficción y el embuste que otra cosa. Uno de los primeros casos juzgados por el tribunal conquense lo pone de manifiesto, es el proceso contra Garci Sánchez e Inés de Moratalla, ambos fueron denunciados en 1516.

Como teniente de cura de la villa manchega de El Provencio, Garci Sánchez nunca destacó por su observancia del celibato eclesiástico. Como era bastante habitual en la época, tenía varios hijos reconocidos públicamente. Entre sus convecinos tenía fama de poder conjurar los demonios; según varios testigos, aprovechaba el momento del conjuro para proponerles, como método infalible de curación, tener comunicación carnal con él. En 1516, llegó a El Provencio, desde la villa albacetense de Minaya, Inés de Moratalla, «estaba mala de espanto de un perro que la mordió e que creyendo que estaba endemoniada la llevaron unos parientes suyos a El Provencio porque decían que estaba allí Garci Sánchez, clérigo que sabía expeler e sanar los demonios»<sup>1</sup>. Obsérvese la tendencia a atribuir a causas sobrenaturales los sucesos del discurrir cotidiano y, asimismo, la autoridad que se le atribuye al clérigo sobre los espíritus. Tras conjurar varias veces a Inés de Moratalla, una tarde, el presbítero la subió al altar de la iglesia, gritó ante todos los presentes que la poseía un ángel, se arrodilló ante ella para adorarla e incitó a todo el pueblo a hacer lo propio. También animó a los vecinos a que llevasen todo tipo de presentes (comida, ropa, dinero o joyas) para ofrecérselos a Inés de Mora-

<sup>1</sup> Archivo Diocesano Conquense (en adelante ADC), Sección *Inquisición*, leg. 59, Exp. 869, s/n.

talla diciendo que era como llevarlo a la Virgen de Guadalupe; Inés bendecía cuanto le presentaban. Es sorprendente la extrema credulidad del vecindario, a pesar de conocer desde hacía tiempo la conducta poco edificante del clérigo y de que Inés de Moratalla acudió a él por creerse poseída del demonio, incluso el señor de la villa, Alonso de Calatayud, hizo pregonar por el pueblo que todos debían adorar a Inés. Sin duda el deseo de ser testigos de hechos maravillosos y milagrosos, así como el reconocimiento de la presencia constante de lo sobrenatural en el discurso de toda existencia eran factores que Garci Sánchez sabía explotar en su propio beneficio.

Una vez que la santidad del espíritu de Inés fue aceptada públicamente, el clérigo aprovechó su indudable autoridad para avalar su propia persona. Así, por ejemplo, le preguntó, ante testigos, si sus hijos habían sido concebidos en pecado, lógicamente la mujer lo negó tajantemente e insistió en que Garci Sánchez «estaba bien con Dios».

Apresado e interrogado por los inquisidores, Garci Sánchez procuró eludir su responsabilidad y cargar sobre Inés de Moratalla el peso de la culpa. En sus audiencias ante los inquisidores, el acusado afirmó que cometió el error de creer que Inés era un ángel y reconoció haberla adorado, pero aseguró que había ido a Cuenca a confesarse en cuanto advirtió su equivocación.

Las declaraciones de Inés de Moratalla ante los inquisidores expresan una versión bastante distinta de los hechos:

la conjuró e le sacó un espíritu que decía que tenía e la llevó a su casa el dicho Garci Sánchez y le dixo que se echase con él, que le haría muchos bienes. E que ella, como mujer de poco seso hizo lo que él quiso e se echó con él dos veces en espacio de cinco o seis días. Después, el dicho Garci Sánchez tornó a conjuralla e hizo volver a esta confesante otro espíritu e que le dixo el dicho Garci Sánchez después que ya el espíritu se partió de ella e se halló buena, que dixese que el espíritu que había de volver a su cuerpo que era discípulo de Sancto Amador (...) sospecha esta confesante que el dicho Garci Sánchez hacía lo susodicho porque le tuviesen por hombre santo e que sabía muchas cosas <sup>2</sup>

Inés de Moratalla añadió que el clérigo le advirtió repetidas veces que no le descubriese ni declarase más que lo que le había dicho, a cambio le ofreció mantenerla en El Provencio.

Los inquisidores sentenciaron la causa rápidamente, el 25 de noviembre de 1516 votaron que el reo abjurase públicamente, «que salga al cadahalso con su sambenito sobre todas sus vestimentas e con una coraza e la cabeza (...) y que esté con el dicho sambenito en cárcel perpetua por todos los días de su vida» <sup>3</sup>; asimismo fue depuesto

<sup>2</sup> *Ibid.* Esta declaración pone claramente de relieve el reconocimiento popular del poder del sacerdote sobre los espíritus, tanto para sacar demonios de un cuerpo como para hacerles volver a su antojo, y esto a pesar de su censurable conducta.

<sup>3</sup> *Ibid.*

de su oficio sacerdotal y de todos sus beneficios, se le advirtió que nunca más usase de exorcismos ni conjuros y tuvo que pagar 20.000 maravedís.

También Inés de Moratalla fue apresada y juzgada. Los inquisidores consideraron que «fue engañada por el dicho Garci Sánchez e como es persona simple e mujer de poco saber», se le condenó a salir en auto de fe con vela y coroz, además debía abjurar y recibiría cien azotes «públicamente por esta villa a voz de pregonero». Ambos estuvieron presentes en el auto de fe celebrado en San Clemente el día 2 de febrero de 1517. El 14 de noviembre de 1518 el inquisidor general ordenó a los inquisidores conguenses que conmutasen el sambenito y la cárcel perpetua de Garci Sánchez por otras penitencias espirituales, éstos ordenaron al encausado que fuese en peregrinación a Santiago de Compostela y llevase a cabo una serie de ayunos y oraciones.

Del suceso que acabamos de exponer conviene destacar varias constantes que podemos observar en la mayoría de los casos similares juzgados en esta época. En primer lugar, si comparamos esta intervención con la forma de proceder de los inquisidores en momentos posteriores, sorprende la enorme rapidez con la que actuaron. En unos pocos meses los procesos quedaron resueltos. Por otro lado, la acusación y la misma sentencia repetían continuamente que los reos fingieron, que buscaban el engaño y que pretendían sacar dinero. Por último, los inquisidores no dudaron en imponer un durísimo y público escarmiento. No olvidemos que el auto de fe era un importante instrumento para aleccionar a la población tanto sobre las conductas que se consideraban peligrosas como sobre la disposición de las autoridades inquisitoriales para reprimirlas y castigarlas con firmeza. Si, como ya hemos subrayado, la inmensa mayoría de la gente estaba dispuesta a creer que buena parte de los hechos de la vida cotidiana respondían a causas sobrenaturales, su credulidad siempre fue un buen caldo de cultivo para la picaresca. Pero los inquisidores debían dejar muy claro qué devociones se permitían como mediadoras entre el ser humano y lo sobrenatural y cuáles eran fraudulentas e inadmisibles, no olvidemos que la Iglesia católica se mantenía de la fe pero también de las aportaciones económicas de sus fieles. Un religioso o religiosa muerto en *olor de santidad* podía suponer la salvación de un convento en crisis, una reliquia encontrada en el momento oportuno podía hacer de una ermita olvidada un lugar de peregrinación, para que estas cosas fueran consideradas eficaces por los fieles había que eliminar toda sombra de duda respecto de la veracidad de los elementos de contacto con lo sobrenatural. El peligro del fraude era doble: por una parte, desviaba los esfuerzos espirituales y económicos, por otra, podía conducir a la incredulidad; éstos eran los auténticos peligros contra los que luchaban los inquisidores en este tipo de causas.

El proceso contra Francisca «La Brava», llevado a cabo durante el mes de noviembre de 1523, confirma cuanto hasta ahora queda dicho. Francisca era hija de un pastor y estaba casada con un cardador, Pedro García de la Romera, con quien vivía pobremente en la villa de Quintanar. Cuando fue apresada contaba veinticinco años y tenía, al menos, dos hijos, además de algún otro que había muerto. No se destacaba en el pueblo

por ser particularmente piadosa aunque cumplía generalmente con los preceptos de la Iglesia: acudía a misa los domingos y las fiestas y confesaba y comulgaba cada cuaresma. Como era habitual, su conocimiento de la doctrina era bastante escaso. Así, cuando los inquisidores le interrogaron acerca

de la doctrina cristiana, dijo el ave maría y el *pater noster* y el credo, en lo cual erró algunas palabras, y la *salve regina*, signóse e santiguóse, no supo el ánima de christo ni sabe otras ningunas oraciones más de que al tiempo que se va a acostar dice la oración siguiente: *Encomiendo a Dios padre e a Santa María madre e a la Santa Magestad e a la flor que en ella está e a señor San Bernardo que en Roma está enterrado, que me libre e me guarde de todos los pecados pacteados e por batear, que ni en la vida no me acusen ni en la muerte no me engañen, encomiendo en aquella sacratísima virgen e madre de Dios bienaventurada*. Ni sabe otras devociones. E que ayuna la mitad de las cuaresmas e las vigiliass e algunas que otras témporas <sup>4</sup>.

Los días 21 y 23 de octubre de 1523 Francisca tuvo dos visiones de la Virgen que no tardó en comunicar a su marido, al cura y a las mujeres del pueblo, en quienes encontró el auditorio más receptivo. Según su propia declaración los hechos sucedieron, en la primera ocasión, hacia media noche, cuando

se levantó sin saber que estuviese en su libre poder y quiso hacer aguas desnuda e en carnes, que no tenía sobre ella cosa ninguna salvo una cofia sobre su cabeza, e que estaba como trasportada, que no tenía noticia ni pensamiento que estaba en este mundo sino en el otro, e quiso llegar a la puerta de su cocina para la abrir y como estaba tan desatinada no la podía acertar la puerta, e que ya que entró en sí llegó a la puerta e ya que la estaba abriendo dijo: *válame nuestra señora, o yo no estoy en mi libre juicio o estoy fuera de seso*. E que así como dijo estas palabras le respondió nuestra señora e dijo *Ella te vala*. E que tornó a decir: *válame nuestra señora*, y que le tornó a decir: *ella te vala*. E que esta declarante cuando oyó esto dijo: *válame nuestra señora, en rietro vaya satanás, eres algún diablo que me vienes a engañar*. E que le dijo: *yo soy la que tengo de valer sobre la faz de la tierra a ti e a todo christiano*. E que fue entonces esta declarante a llamar a su marido e dijo *Pe...*, para lo llamar, e nunca pudo acabar de decillo, e que le dijo nuestra señora: *hija, ninguna cuenta tengades, no dé mal susto a su marido*. E que se llegó a ella e le echó a esta declarante su manto encima de su barriga como estaba desnuda, e que entonces le dijo que fuese a confesar e que comulgase antes que lo dijese a persona ninguna, e que hiciese decir tres misas, una por su madre e otra por su suegro e otra por su suegra, e que dijese que hiciesen una procesión donde el capitán de los pecadores y la justicia de la villa dijessen a una cruz e la pregonasen por esta villa que fuesen todos, e que los que no fuesen que los prendasen porque se acordasen de la procesión que se hacía, e que después de hecha la procesión fuesen a nuestra señora de la Piedad e dijessen allí misa e se encomendasen todos en ella <sup>5</sup>

<sup>4</sup> ADC, Sec. Inq., leg. 83, Exp. 1190, s/n.

<sup>5</sup> *Ibid.*

Nada hay en esta visión que la haga sospechosa de favorecer doctrinas o conductas heterodoxas, los presuntos consejos de la Virgen no incluyen más que acciones recomendadas habitualmente por la jerarquía eclesial: misas y oraciones por los difuntos y procesiones y penitencias en torno a lugares públicamente reconocidos por la devoción popular y avalados por los clérigos del lugar. Además, cabría incluso la posibilidad de interpretar toda la aparición como un simple sueño, dado que, según confesó la misma Francisca, estaba como «transportada», en otro mundo, desatinada...

Dos días después, poco antes del amanecer

abrió la puerta de su cocina y en abriéndola vido a nuestra señora que estaba junto con la dicha puerta y con grande compañía de ángeles, e recibía tanto gozo e placer en ver tantos ángeles con tantas candelas encendidas que se cayó en el suelo con pavor cocida, e que le dijo que había treinta e tantos días que andaba fuera de su casa bendita rogando a su hijo precioso que nos enviase salud para nuestros cuerpos e salvación para nuestras almas, e que entonces dijo: *Ay madre mía que no me creerán* e que entonces le dio una candela atada en un trapo e una piedra imán, lo cual todo le dio al cura desta villa <sup>6</sup>.

Después de ir a la iglesia a confesar, les contó a varias vecinas lo sucedido, ese día muchas mujeres acudieron a su casa, algunas cogieron piedras del umbral de la puerta, donde se supone que vio a la Virgen; incluso le llevaron un niño enfermo de calentura que sanó al besar el lugar en que se apoyó la Madre de Dios.

Aquella misma tarde del 23 de octubre de 1523 los alcaldes de Quintanar empezaron a recoger información de los hechos porque habían

oído decir que muchas mujeres iban a casa de la dicha Francisca a oírle lo que decía de cómo nuestra señora se le había aparecido, e que la besaban la boca e los ojos e los oídos e que llevaban de su casa piedra y tierra de la parte donde decían que se la había parecido nuestra señora, e que a este testigo le pareció mal aquello que decía la dicha Francisca decían porque lo tenía por burla e no por cierto ni verdadero <sup>7</sup>

Tomaron la declaración a dos testigos y después a la misma Francisca. Toda esta información la enviaron al licenciado Lillo, clérigo en Ocaña, el cual les aconsejó que no se metiesen en aquel asunto, sino que se limitasen a amedrentar a Francisca para que no dijese nada de aquello. Pero el suceso fue adquiriendo publicidad en los pueblos de la comarca y un mes después, los inquisidores tomaban cartas en el asunto.

Del interrogatorio de los inquisidores se desprende cuáles eran las cuestiones que más les preocupaban. Así, además de preguntar con todo detalle las circunstancias que rodearon las dos apariciones, las palabras exactas que dijo la Virgen, la forma en que iba vestida, quién la acompañaba..., se interesaron especialmente por la reacción de

---

<sup>6</sup> *Ibid.*

<sup>7</sup> *Ibid.* Es parte de la declaración de uno de los alcaldes de la villa, Hernán Muñoz de Horcajada.

los vecinos que iban a visitarla. Francisca se mantuvo firme en sus declaraciones a pesar de la insistencia de los inquisidores para que reconociese que todo era pura «falsedad y mentira». Tampoco quiso aceptar la excusa de que todo hubiese ocurrido en sueños, aunque los mismos jueces se la propusieron:

fue preguntada si cuando dice que pasó lo susodicho si estaba adormida, trasportada o entre sueños, o estaba despierta y en su libre poder y juicio; dijo que estaba despierta y en su libre poder y juicio, como ahora está, y no estaba adormida ni entre sueños ni trasportada <sup>8</sup>.

El 28 de noviembre fue sentenciada la causa. Dos hechos destacan en dicha sentencia, en primer lugar que el delito que se le atribuye a Francisca «La Brava» es haber inducido a creer su engaño, en segundo lugar, su castigo pretende servir de ejemplo para disuadir a otros de inventos similares. Así, por

haber gravemente delinquido contra nuestra santa fe cathólica en haber publicado e afirmado cómo nuestra señora se la apareció por dos veces según y de la manera y forma que en las dichas sus confesiones dice e afirma, siendo todo burlería e falsedad (...) por haber sido lo susodicho muy público y escandaloso a los fieles cristianos, por los haber atraído e inducido a que creyesen ser verdad lo que decía e publicaba, siendo todo vanidad e liviandad (...) fallamos que para que a la dicha Francisca «La Brava» sea castigo e a otros ejemplo de no cometer semejantes cosas, que la debemos condenar e condenamos en pena de lo susodicho a que sea puesta en un asno y le sean dados cient azotes públicamente por las calles acostumbradas desta villa de Belmonte, desnuda del medio cuerpo arriba, e otros tantos en la villa del Quintanar de la manera como dicho es. E que de aquí adelante no diga ni afirme en público ni en secreto directe ni indirecte las cosas que dichas tiene en sus confesiones sobre lo susodicho <sup>9</sup>.

Debemos destacar que fue precisamente a partir de 1516 cuando la Inquisición mostró interés por el comportamiento de los que podríamos llamar «visionarios públicos» <sup>10</sup>. Si bien, hasta entonces, la jerarquía había permitido la aparición esporádica de ciertos individuos, generalmente poco o nada instruidos y pobres, que se manifestaban como intermediarios con la divinidad. Por medio de los mensajes ofrecidos en sus visiones, la Virgen, algún santo o el mismo Dios les anunciaba —y a través de ellos a toda

<sup>8</sup> *Ibid.*

<sup>9</sup> *Ibid.* Seis años antes fue procesado el pastor Juan de Rabe por haber publicado que fue testigo de dos apariciones, una de la Virgen María, estando solo trabajando en el campo, y otra de San Sebastián. En ambas ocasiones se le ordenaba organizar procesiones hasta el lugar de la aparición, así como construir ermitas. Como Francisca «La Brava», fue condenado a ser azotado públicamente (ADC, *Inq.*, leg. 70, exp. 1039).

<sup>10</sup> CHRISTIAN, W. A., en su libro *Apariciones en Castilla y Cataluña (siglos XIV-XVI)*, recoge, «la última aparición castellana que tuvo "éxito" (que fue aceptada oficialmente) antes del siglo XIX fue a un pastor en las afueras de León, y ocurrió entre 1505 y 1513» (Madrid, 1990, p. 199).



su comunidad— la manera en que debían actuar si querían obtener cierto favor. Estos visionarios aparecían sobre todo en épocas de dificultad y crisis —tales como epidemias o hambrunas— y el contenido de sus visiones solía limitarse a la recepción del mensaje divino. Por lo general, el anuncio celestial consistía en desvelar las medidas que debían adoptar para obtener una determinada gracia (evitar que el pueblo sufriera un contagio de peste, terminar una época de sequía...): las más habituales suponían la construcción de ermitas, la realización de procesiones, misas... En ningún caso tales comunicaciones extraordinarias suponían un peligro para la jerarquía eclesiástica, ni incluían doctrinas novedosas o enfrentadas a la ortodoxia ni ponían en entredicho la necesaria mediación clerical. En cualquier caso, precisamente en 1516, el V Concilio de Letrán decretó que, antes de ser publicadas, las supuestas apariciones debían someterse al examen de la sede apostólica o, si tal cosa no fuera posible, al del obispo local, quien debería escoger tres o cuatro hombres «doctos y graves» para juzgar el asunto y autorizar o no la predicción de tales apariciones<sup>11</sup>. El tribunal inquisitorial, que progresivamente iba ampliando su ámbito de actuación desde la persecución de los *conversos* hasta el control de la ortodoxia de los cristianos viejos, asumió la tarea de reprimir este tipo de revelaciones, cada vez más habituales, en un momento en que, además, la picaresca había recurrido a estos sucesos maravillosos, fácilmente creíbles para la gente, como instrumento para obtener beneficios.

Un tipo de *aparición* con el que la jerarquía eclesiástica se mostró más transigente fue el que incluye los llamados *signos* o *señales*, es decir, fenómenos que podrían ser percibidos por cualquier persona que estuviese en el lugar donde tienen efecto. Veamos un ejemplo, el 5 de marzo de 1555, un grupo de vecinos del pueblo de Buendía —formado casi exclusivamente por mujeres— se dirigían a rezar al lugar que llaman «Calvario», donde estaba la imagen de la *Vera Cruz*, cuando vieron aparecer en el cielo «una figura de cruz delgadita como un hilo e incontinente fue creciendo»<sup>12</sup>. Llegó a hacerse tan grande como la misma *Vera Cruz* y sumamente resplandeciente. Los presentes quedaron maravillados y la noticia se extendió en el pueblo. El día 19 de marzo de 1555 los oficiales inquisitoriales recogían la información de varios testigos presenciales.

Escasamente preocupados por el suceso, los inquisidores no pidieron hasta el mes de mayo de 1557 que fuese analizado por un especialista en teología, el doctor Herrera. El detallado juicio del citado doctor es muy interesante porque pone de manifiesto las razones de la jerarquía para tolerar este tipo de hechos extraordinarios. La aparición podía contribuir a reforzar una devoción plenamente ortodoxa, como es la adoración de la Cruz, por esto no se consideró que tuviesen gran importancia las discrepancias de los testigos ni el que la mayoría de ellos fuesen mujeres y, por tanto, menos fiables

<sup>11</sup> *Conciliorum oecumenicorum decreta*, Bolonia, 1962, p. 613. Cfr. CHRISTIAN, W. A., *op. cit.*, p. 200.

<sup>12</sup> ADC, Inq., leg. 202, exp. 2292, s/n.

para la jerarquía eclesiástica. A pesar de todo, el doctor Herrera advierte que no hay por qué atribuir el hecho a un milagro, ya que puede responder a causas naturales:

vista la información y que los dichos de los testigos convienen en que vieron imagen de cruz aunque discrepan en el color y lugar y otras particularidades, porque unos dicen que les pareció blanca, otros colorada; y unos dicen que la vieron sobre la cruz del calvario, otros que en el cielo. Paresce, salvo mejor juicio, que la información bastará para creer que se vio figura de cruz (...) y debe ser ocasión a los christianos para que en ellos crezca cada día más la devoción de la sancta cruz y para que den gracias a Dios porque con imagen de cruz quiso mostrar cuánto le es accepta la devoción de la sancta cruz y la memoria de su pasión. Mas no será bastante, a mi ver, para que se tenga, indubitavelmente, por obra de milagro. Y esto no tanto por la calidad de los testigos, que cuasi todos son mujeres, ni por alguna discrepancia en sus dichos, como porque semejante figura pudo ser de causas naturales, conforme a lo que Aristóteles dice en el libro de los meteoros de las inflamaciones que se hacen en la suprema región del aire según la diversidad de las exhalaciones cálidas y secas(...). Asimismo, porque en buena teología no se sufre poner milagro sino donde no se puede negar con razón <sup>13</sup>.

Sigue argumentando el teólogo que no son tan necesarios los milagros en esa época como lo fueron en los primeros tiempos del cristianismo, cuando había tan pocos creyentes y Dios debía servirse de pruebas sobrenaturales para introducir la fe entre los gentiles. Además hay que estar prevenidos contra los engaños del diablo: «porque, como dice el apostol sant Pablo, el ángel de Satanás se transfigura algunas veces en ángel de luz para engañar a los christianos. Es menester quando se ofrecen semejantes visiones y apariciones examinallas bien». A pesar de todas estas advertencias para no considerar milagrosa la aparición, el doctor Herrera termina su juicio admitiendo que sea utilizada como estímulo de la devoción de la cruz y aconsejando a los inquisidores que se abstengan de actuar:

no sabemos si en este tiempo y en esa villa de Buendía nuestro señor, por su infinita bondad y por los méritos de algún siervo suyo, vivo o defuncto, ha tenido por bien de hacer este favor para despertar nuestra tibieza y inflamar nuestras ánimas en la devoción de la sancta cruz (...) y por agora yo no sería en que se procediese más en este negocio <sup>14</sup>.

En los casos que hasta ahora hemos examinado aparecía un dato significativo. A Francisca «La Brava» la visitaron sobre todo mujeres interesadas en preguntarle, tocarle o recoger posibles reliquias; en Buendía la mayoría de quienes iban a rezar al Calvario a la Santa Vera Cruz eran también mujeres. Parece que entre las mujeres había una mayor receptividad hacia las prácticas piadosas. De hecho, su presencia en las iglesias,

---

<sup>13</sup> *Ibid.*

<sup>14</sup> *Ibid.* Los inquisidores debieron seguir el dictamen del doctor Herrera porque no se siguió el proceso ni se pidieron nuevos informes.

mucho más habitual que la del varón, ha sido una constante en la sociedad española hasta la actualidad. Al cerrar a la mujer el acceso al sacerdocio, la Iglesia católica la alejó de cualquier posición preeminente. La administración de los sacramentos y, por tanto, la mediación con la divinidad, la palabra portadora de verdad, la predicación..., estaban reservadas al varón que pertenecía a la jerarquía eclesiástica. A pesar de lo cual no es extraño que la mujer buscara en la trascendencia una libertad y una autonomía que se le negaban en la vida cotidiana, donde estaba constantemente bajo la tutela del varón. El padre o el marido en el hogar, el confesor o el vicario en el convento debían *cuidar*, vigilar y castigar, si lo consideraban oportuno, a las mujeres que estaban bajo su dirección. La realidad cotidiana que vivían no siempre era satisfactoria, la religión ofrecía un camino, aceptado y reconocido socialmente, para buscar la dicha y la justificación de la propia existencia. A veces no fueron los aspectos más formales de la religión —el ritual, la repetición de oraciones y jaculatorias— el camino elegido para su vivencia de la religión. Sólo las experiencias íntimas, personales, prescindiendo de la mediación del clérigo e incluso de los sacramentos, intentando alcanzar una comunicación directa con la divinidad, fueron válidas para algunas mujeres. Con frecuencia se encontraron con el tribunal inquisitorial, empeñado en eliminar cualquier riesgo de práctica religiosa extravagante.

Así, si centramos nuestro interés en aquellas formas de vivir la religión al margen de lo establecido por la jerarquía, ya fuera por no aceptar la mediación sacramental o sacerdotal, por haber alcanzado experiencias místicas o pseudomísticas, por tener visiones, revelaciones, etc., en suma, lo que podríamos denominar la *religiosidad heterodoxa*, el primer hecho que se pone de manifiesto es la elevada presencia de mujeres entre los encausados por este delito en los tribunales inquisitoriales. Así, en el tribunal de distrito de Cuenca, de los 64 casos recogidos a lo largo de toda su existencia, 2 (3,1 por 100) implican a grupos que incluyen mujeres y varones, 24 (37,5 por 100) a varones y 38 (59,4 por 100) exclusivamente a mujeres. Si nos limitamos al período que va desde principios del siglo XVI hasta el final de la década de los sesenta de dicho siglo, nos encontramos, seis procesos (66,7 por 100) a mujeres, dos a hombres (22,2 por 100) y uno que afectó a un grupo que incluía a individuos de ambos sexos (11,1 por 100).

Estos datos son todavía más significativos si tenemos en cuenta que, en términos absolutos, la inmensa mayoría de los procesados por el tribunal inquisitorial fueron varones. En la sociedad del Antiguo Régimen, a la mujer se le reservaban posiciones siempre subordinadas al varón, el espacio que se le asignaba era el hogar o las paredes cerradas del convento. Su escaso protagonismo en los órganos de control de una sociedad que situaba en el varón el eje del poder llevó a la mayoría de las mujeres a representar un papel mucho más velado que aquel en gran parte de los ámbitos de la vida pública. Lo que no significa que careciese de importancia, con frecuencia era portadora de una autoridad reconocida por sus convecinos. Pero, sin duda, la limitada presencia de la

mujer en los espacios públicos explica, entre otras cosas, que compareciera ante el Santo Oficio mucho menos asiduamente que el varón.

Al tratar de la religiosidad de la mujer en la Edad Moderna es inevitable detenerse en al figura de la *beata*. Las beatas, aparecidas en Castilla durante el siglo xv —con anterioridad se habían extendido en los Países Bajos— incrementaron su número de forma considerable en los siglos xvi y xvii. Estas mujeres habían elegido una forma de vida al margen de la familia y el convento. Se dedicaban a la oración o a la caridad —a veces ambas cosas iban unidas—; aun sin haber pronunciado votos solemnes, la pobreza y la castidad solían ser un compromiso ineludible para ellas y se recluían en alguna casa o ermita. Por no ser un estado establecido institucionalmente, dentro de las beatas podemos encontrar situaciones muy distintas, algunas vivían en solitario, otras se agrupaban en pequeñas comunidades que podían o no seguir una regla organizativa explícita. Pero, sin duda, el rasgo más característico de las beatas era que, a diferencia de la mujer casada y de la monja no tenían una subordinación directa a ningún varón. Aunque solían tener un confesor o un director espiritual, los lazos de dependencia respecto del clérigo eran mucho más laxos que en el caso de las religiosas. Con frecuencia llevaban algún tipo de hábito que las distinguía, pero podían tratar con los seglares sin ninguna limitación, pues no estaban obligadas a la clausura. Precisamente esta autonomía de las beatas hizo que no sólo pretendiesen ese estado las mujeres con vocación de religiosas pero que carecían de recursos para pagar la dote de entrada en el convento, sino que también puede comprobarse que mujeres pertenecientes a los grupos privilegiados de la sociedad fundaron o se acogieron a beaterios, a pesar de que podían haber accedido al claustro conventual<sup>15</sup>. En general, la gente de los pueblos aceptaba a las beatas y les reconocía su capacidad de mediadoras con la divinidad; a ellas recurrían para pedirles sus oraciones, también les encomendaban que rezasen por sus difuntos o que ayudasen a sus enfermos. Pero era su independencia lo que resultaba más enojoso para la jerarquía eclesiástica. De forma que, cada vez con mayor insistencia, los prelados procuraron que los beaterios y las beatas se acogiesen a las reglas institucionalizadas de las llamadas *órdenes terceras*. Tales órdenes integraban a los laicos que querían llevar una vida especialmente dedicada a la piedad aun sin pronunciar los votos ni entrar en el convento. Así pues, las beatas fueron incorporándose progresivamente en las órdenes religiosas y se sometieron a las reglas establecidas y a la obediencia que debían a los frailes de su orden. Razón por la cual, aunque la figura de la beata fue común en los lugares de Castilla hasta el siglo xix, cada vez fue más frecuente el uso del término «beata» para designar a la «tercera de la orden...». Debemos también aclarar que, a pesar de que la inmensa mayoría de quienes optaron por esta forma de vida alternativa fueron mujeres, también podían acceder a ese estado, y entrar en las órdenes

<sup>15</sup> MUÑOZ FERNÁNDEZ, A., *Acciones e intenciones de mujeres en la vida religiosa de los siglos xv y xvi*, Madrid, 1995, pp. 109-110.

terceras, los hombres, pero, por las razones anteriormente reseñadas, no era éste un espacio necesitado por el varón y rara vez eligió tal estilo de vida.

Algunos de los procesos más ricos y originales seguidos en el Santo Oficio por delitos relacionados con la experiencia religiosa tuvieron como protagonistas a beatas. En el período que aquí nos ocupa, dos de los nueve casos implicaron a estas mujeres, ambos fueron tramitados en 1560. Ninguno de los dos mereció la atención de los inquisidores, que archivaron la información poco después de recibirla.

Juliana del Castillo, beata de cuarenta años, se presentó voluntaria ante el inquisidor que estaba de visita en la villa de Huete. En sus conversaciones con otras beatas de la villa había manifestado algunas importantes dudas sobre cuestiones de fe. Temiendo que, tras la lectura del edicto de fe —con la que se iniciaba la visita del inquisidor a la villa— alguien la delatase, decidió confesar que

habrá ocho meses que le vino un pensamiento de pensar si estaba Dios en la hostia tan verdaderamente como está en el cielo e que este pensamiento le duró dos o tres días en estar en esta duda, hasta que se fue a confesar con Francisco de Pinto, clérigo, su confesor, el cual le dixo que no tuviese duda, sino que estaba allí tan verdaderamente como estaba en el cielo e que esta confesante tenía para consigo que no era más que una hostia bendita (...) Item. dixo que también le vino pensamiento dos veces que los pecados quella cometía que no los sabía Dios. E questo tuvo por consigo tres o cuatro veces e que lo confesó también a Francisco de Pinto, clérigo, y él le dixo que no tuviese duda que todo lo sabía Dios. E questo pensamiento duró a esta confesante dos o tres días <sup>16</sup>.

El mismo día, Quiteria de Alterado, beata de veintitrés años, se presentó ante los ministros del Santo Oficio para delatar a Juliana del Castillo, por haber dicho «que no pensaba que sabía Dios o nuestro señor los pensamientos» <sup>17</sup>. Es posible que en épocas posteriores el asunto hubiese llamado la atención de los inquisidores quienes, al menos, habrían interrogado más detenidamente a Juliana en alguna audiencia y habrían calificado las proposiciones que pronunció. En 1560, los jueces no siguieron ningún trámite y se limitaron a archivar la información sobre esta beata <sup>18</sup>. Para estas fechas el tribunal inquisitorial comenzaba a preocuparse por cuestiones referidas al control

<sup>16</sup> ADC, *Inq.*, leg. 750, exp. 90, s/n.

<sup>17</sup> *Ibid.* En la documentación hay referencia a que ambas beatas vivían cada una en su casa libremente.

<sup>18</sup> También Isabel Rodríguez —beata de cincuenta y un años, vecina de San Clemente— confesó voluntariamente que en una conversación con un clérigo y una viuda, hermana del clérigo, dijo «no mirando lo que decía, que no se casase (...) que casarse otra vez era burlería, que las buenas mujeres no se habían de casar más de una vez» (ADC, *Inq.*, leg. 224, exp. 2779, s/n). Parece que Isabel temía ser delatada —más todavía, si tenemos en cuenta su origen *converso*, según apuntó el comisario de la villa—. La proposición mereció la calificación de «errónea y escandalosa contra lo que se platica comunmente en la iglesia católica y San Pablo aprueba. Y el conocimiento pertenece al Santo Oficio» (*ibid.*). No se siguió el proceso. Dos años después, declarando ante los inquisidores acerca de Ana de Tébar, beata acusada de judaizante, le preguntaron si creía que no se puede casar la mujer que pierde al primer marido, ella se escusó diciendo

de las costumbres y la moralidad de los fieles, pero todavía mantenía como principal móvil su original objetivo de eliminar toda posible herejía del territorio español. No eran las anteriores proposiciones que merecieran la consideración de heréticas o sospechosas de doctrinas favorecedoras de herejía.

Podríamos pensar que en esta época no hubo especial tendencia a que aparecieran prácticas religiosas alejadas de lo establecido, tal vez fuese así, pero no olvidemos que el delito sólo aparece cuando se le persigue y los inquisidores no se mostraban excesivamente preocupados por cuestiones que no parecían suponer ninguna amenaza a la sana ortodoxia. Buena prueba de lo que estamos diciendo fue la actuación de los inquisidores ante la denuncia de «la mujer de Parada». Durante una visita de los inquisidores a Uclés, dos vecinas denunciaron a la viuda del sastre Parada. Al parecer, la citada mujer promovía el escándalo por sus extravagantes acciones en la iglesia, cuando iba a comulgar o alzaban la hostia, sollozaba y suspiraba en voz muy alta, además, tardaba mucho en tomar la comunión —el cura tenía que esperar un buen rato hasta que se decidía a abrir la boca—. Algunos se reían, otros pensaban «que lo hacía de buena cristiana e que tenía un espíritu de Dios»<sup>19</sup>. La segunda testigo que se presentó ante los inquisidores describió así las acciones de la acusada:

estando esta testigo en la iglesia de San Andrés desta dicha villa hartas veces, que no se acuerda cuántas, vido que quiriendo dar el santísimo sacramento a la mujer del dicho Parada sastre, que no sabe su nombre, la dicha mujer de Parada daba muchos sollozos e sospiros y lloraba e parecía que se desmayaba e hacía tanto ruido que lo oían todos los que estaban en la iglesia e que algunos decían que lo hacía de loca e otras mujeres decían que estaba entonces con dios y a esta testigo le parecía que lo hacía de loca e que unas mujeres se reían e otras burlaban della, aunque no se acuerda quién eran. E que esto era siendo casada la susodicha, e que estando viuda no hace estas cosas y que cuando las hacía daba escándalo en la iglesia<sup>20</sup>.

Los inquisidores, tras oír a las dos testigos, presentadas el 16 de febrero de 1567, se reunieron con el consultor, el 27 de ese mismo mes. Según el citado consultor, «en esto no hay qué calificar. Los dichos señores inquisidores dixeron que su voto e parescer era que este negocio no es del Santo Oficio, sino que dexasen a cada uno con sus devociones»<sup>21</sup>. Desde luego, esta última frase sería impensable que la pronunciasen los inquisidores sólo unos años después.

De hecho, a finales del siglo XVI y, sobre todo, durante la primera mitad del XVII, manifestaciones muy similares a las de la mujer de Parada fueron tratadas como signo inequívoco de endemoniamento. En estos casos, los clérigos cercanos solían emplear

---

que era «bobería lo que dijo y que no estaba en sí», que siempre ha creído lo que manda la Santa Madre Iglesia. Con ésto los inquisidores dieron por concluida la causa.

<sup>19</sup> ADC, leg. 239, exp. 3105, s/n.

<sup>20</sup> *Ibid.*

<sup>21</sup> *Ibid.*

el conjuro repetidas veces. Tales conjuros siempre eran públicos, de manera que los vecinos asistían a dichos exorcismos como a verdaderos espectáculos donde los gritos, los azotes y las contorsiones eran constantes. Estas escenas fueron bastante habituales durante el Barroco español. Época en la que la figura del demonio fue haciéndose cada vez más presente y cotidiana entre los fieles, una figura particularmente asociada con la mujer; si bien éste es un tema que queda fuera del marco temporal que habíamos propuesto.

A lo largo de la década de 1580 se detecta un importante cambio en lo que hasta ese momento era la actuación común de los inquisidores. Los procesos por asuntos de religiosidad empiezan a hacerse más frecuentes, los reos son, prácticamente siempre, mujeres, muy pobres y que desconocen no sólo la teología, sino, incluso, los principios fundamentales de la fe cristiana. Generalmente, estas mujeres manifestaban unas facultades especiales que les permitían la comunicación con el más allá, solían tener visiones que incluían conversaciones con espíritus, benéficos o maléficos, que les contaban dónde estaban las ánimas de los muertos, cómo y dónde se encontraban los que habían marchado de viaje y otras muchas informaciones a las que no podría acceder una persona normal. Obviamente, el fundamento de su éxito estaba en la confianza que la gente ponía en sus capacidades sobrenaturales, confianza que solía aportar beneficios económicos directos, las informaciones que facilitaban a sus vecinos con frecuencia se pagaban de alguna manera. En ciertos casos, la fama de santidad de algunas de estas mujeres llevaba a sus vecinos a procurar su compañía y a cuidar de que sus necesidades estuviesen satisfechas. Durante la primera mitad del siglo XVII abundaron los casos de procesadas por tener visiones, revelaciones y experiencias sobrenaturales, los procesos se fueron haciendo más lentos, las sentencias se suavizaron y los inquisidores procuraron que los reos de estos delitos no salieran en Auto público, se limitaban a reprenderlos en la sala de audiencias del tribunal y se les ordenaba oír la misa mayor un domingo en alguna de las iglesias de la ciudad, donde el sacerdote que oficiara debía leer sus sentencias. Sin duda, esto suponía menor publicidad para la condena y, también, menor propaganda para los delitos. Todo esto es una prueba de que los inquisidores habían asumido como una de sus funciones vigilar las prácticas religiosas de sus fieles. Ya no volveremos a ver una afirmación como la apuntada en la causa de la mujer de Parada: «dexen a cada uno con sus devociones».

En perfecta consonancia con el giro adoptado por los inquisidores, preocupados ahora por las formas en que se expresaba la religiosidad de los fieles, veremos comparecer ante el Santo Oficio a cierto número de mujeres que buscaban su camino a través de la experiencia mística, es decir, una experiencia personal y ajena a las mediaciones eclesiales. El programa diseñado por el Concilio de Trento para encauzar la vida religiosa de los fieles suponía el control de los mismos por los clérigos así como el reconocimiento de los sacramentos y los rituales litúrgicos como los únicos medios de acercamiento a Dios. El tribunal inquisitorial hizo suyo muy pronto dicho programa y no pudo sino

mostrar desconfianza ante toda experiencia religiosa que, por personal e incommunicable, era en sí misma incontrolable.

Concluyamos brevemente lo que hasta ahora hemos expuesto. Antes de que se sintieran los efectos del Concilio de Trento, a lo largo del siglo XVI, hasta la década de los setenta, fueron muy escasas las denuncias que llegaron ante los inquisidores por asuntos relacionados con la religiosidad. Por lo general, como hemos visto eran casos aislados donde se perseguía el embuste. Por supuesto que a los inquisidores les preocupaba la aparición de la heterodoxia y su posible contagio, pero en este momento, es el fraude el principal riesgo que parece surgir de los encausados, así lo subrayan los fiscales en sus acusaciones y los propios inquisidores en las sentencias. Ahora bien, se actuaba con rapidez y se imponían castigos ejemplares que tenían como objetivo disuadir al resto de los fieles. Después de Trento, más que el engaño en sí preocupaba que se propagasen formas de devoción ajenas a las promovidas desde la jerarquía. Es decir, se consideraban especialmente condenables aquellas prácticas religiosas que prescindían de la figura mediadora del clérigo y las que se mostraban alejadas de los formalismos y la ritualidad sacramental.